

de virtud y de reforma, en estar en una agitacion, en un movimiento continuo, trabajando en la salvacion de las almas. Es menester que á las palabras acompañen los ejemplos; que la virtud ejemplar del hombre zeloso sea la primera leccion que se dé, y la primera máquina que se mueva para ablandar los corazones. Sin esto, es mucho de temer que lo que se llama zelo sea en realidad no mas que un mero derramamiento hacia fuera, un ímpetu, una actividad natural, que solo atiende á satisfacerse á sí misma en un empleo ruidoso en que quiere sobresalir, porque en él se gana la confianza de muchas gentes de estimacion y lisonjea grandemente al amor propio. Lo que en esto suele engañar tambien mucho, es la elocuencia, el talento y tal vez la mocion con que se habla de los puntos de espíritu mas sublimes, de las materias místicas mas elevadas. Un hombre capaz y de penetracion fácilmente descubre todos los diversos caminos de la perfeccion cristiana, comprende todas sus obligaciones; y por poco instruido que esté en las máximas del Evangelio, le es fácil saber lo que una alma ha de evitar, y lo que debe hacer para arribar á la mas elevada perfeccion. De aquí nace aquella sagacidad con que descubre los mas minimos defectos en los otros: aquel cuidado en no sufrir la mas lijera imperfeccion en las almas que dirige: aquellos consejos espirituales, eficaces, vivos y patéticos, que encienden el corazon de los otros sin calentar el suyo, porque en él no nacen de la voluntad, sino del entendimiento. Grita fuertemente contra el vicio, y desenvuelve maravillosamente todos los artificios del corazon humano. Un hombre hábil penetra toda su malignidad, y se deshace en declamaciones, en invectivas contra el pecado y contra el pecador. Esto es lo que harto comunmente se llama zelo. Pero si á este zelo no le anima la caridad; si es una espiritualidad de mera especulacion; si

solo es habilidad y talento; si acaso habla de nosotros el Salvador cuando dice: *Haced lo que ellos os dijeren, pero no hagais conforme á sus obras; porque dicen, y no hacen*: ¿nos podremos lisonjear de nuestro zelo? *Æs sonans, aut cymbalum tinniens*. ¡Cosa bien extraña es, que en materia de salvacion se sepa decir á los otros lo que deben hacer, y el que da á los demás tan bellas y tan importantes lecciones no haga él mismo lo que dice! Un hombre que en todo y por todo anda buscando eternamente sus conveniencias; un hombre que en materia de sensualidad, de delicadeza y de regalo, atormenta el discurso y adelanta la ejecucion hasta el último refinamiento: que este hombre, digo, tenga valor y cara para reprender en otro con zelo y con fogosidad un simple descuidillo del amor propio, una lijera satisfaccion: que el que es esclavo de todas las pasiones tenga aliento para hacer no solo visibles, sino palpables las funestas consecuencias que se siguen de perdonar una sola; esto ¿qué será? ¿cómo lo llamaremos? Si esta no es monería, si esta no es farsa, si esta no es comedia, si esta no es impía, escandalosa irreligion, ¿qué cosa lo será? ¿y en qué ha de venir á parar esta irreligiosa escena? ¡Cuántos llantos, cuántos lamentos habrá de costar su fin?

*El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia VI, pág. 150.*

## MEDITACION.

## DE LAS FALSAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que, siendo tan opuesto el espíritu del mundo al espíritu de Cristo, y no teniendo Cristo mayor enemigo que el espíritu del mundo, no debe causar admiración que las máximas del uno sean tan contrarias á las máximas del otro; ni que los gustos sean tan diferentes. Pero lo que debe aturdir á todo buen entendimiento es, que el mundo tenga mas secuaces que el Salvador del mismo mundo; y que, conviniendo todos en que las palabras de Cristo son palabras de vida eterna, sea tan poca seguida su doctrina, al mismo tiempo que las máximas del mundo reinan y dominan en todas partes. Porque vamos claros ¿dónde no reinan con imperio la ambicion, el interés y el amor de los deleites? ¿dónde no es mirada con desprecio la cruz de Jesucristo? ¿dónde no es oida su doctrina sobre la abnegacion de sí mismo con horror y con disgusto? ¡Ah, que hoy solo se le considera al mundo como el teatro, como la region de los placeres! En él reinan como tiranas las pasiones; la humildad cristiana esta desterrada de él. Entre los mismos azotes con que cada dia está castigando Dios á los mundanos, en medio de tanta multitud de desgracias como los hacen gemir, ¿se corrige mucho el mundo? ¿pierde por ventura mucho de sus falsas brillanteces? ¡Ah mi Dios, la profanidad se sustenta hasta de los mismos despojos; y lejos de quedar enterrada la concupiscencia entre las ruinas de una fortuna abatida, renace con mayor viveza de su mismo abatimiento! ¿En qué edad, en qué condi-

cion, en qué estado se proponen las máximas de Jesucristo por regla de conducta? ¿qué lecciones se dan de esto ni por los padres ni por los maestros? ¿qué instrucciones se presentan, ni con qué ejemplos se alientan?

Hoy no se usa otro idioma que el puramente mundano; ni la vida que se hace es mas cristiana que el lenguaje. Tanto las conversaciones serias como las domésticas y las familiares, las lecciones de buena crianza, lo que se llama trato del mundo, gentes de bien, y hasta la misma educacion que se da á la juventud, todo tira y todo rueda sobre las máximas del mundo; las del Evangelio son tan poco conocidas, se toma tan poco gusto á ellas, tienen tan poca autoridad con las gentes del mundo, que parece están como proscritas de él. ¡Mi Dios! ¿á qué se reduce hoy en el mundo nuestra fe? ¿y dónde hay mayor contradiccion que la de nuestra fe y nuestras obras?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera seriamente y con atencion las siguientes máximas mundanas, sin que para conocer su disonancia sea menester apelar á otro tribunal que al de la razon. El que vive en el mundo, se dice, ha de hacer lo que hacen los demás; y quiera Dios que esta perniciosa máxima no esté tambien introducida en los claustros religiosos, donde frecuentemente es mayor el número de los imperfectos. *Ha de hacer lo que hacen los demás*: esto quiere decir, se ha de dejar arrastrar aturdida y servilmente, como un esclavo vil de la muchedumbre, sin darle cuidado de no saber adónde va, y aun estando prudentemente cierto de que se descamina y se pierde. Dése otro sentido mas natural á esta máxima tan comun. Pero de buena fe: ¿es juicio, es prudencia seguir á ojos cerrados tales

guias? ¿es puesto en razon entregarse al humor, al capricho y á las pasiones de los otros? Y si estos otros hacen mal, ¿porqué hemos de hacer lo que hacen los otros? ¿por ventura se discurre así en las demás materias, que no tocan á la religion y á las costumbres? Si los otros estragan la salud con sus desórdenes y con sus excesos, ¿hay acaso muchos locos que digan, *es menester hacer lo que hacen los demás?* Si los otros se arruinan en el comercio por sus temerarias ideas, emprendiendo proyectos quiméricos en los negocios; ¿hay comerciante tan necio que infiera debe hacer lo que los otros, aunque éstos fueran en mucho mayor número? ¿Qué imprudencia, qué extravagancia, qué insensatez seria seguir una tropa de hombres embriagados que se van á precipitar, para precipitarse con ellos! Pues ves ahí puntualmente lo que significa esa ridícula máxima, tan autorizada el día de hoy y tan comun en el mundo: *Es preciso hacer lo que hacen los demás.* Es decir, que es preciso condenarse tranquilamente como se condenan los otros; que es preciso entregarse cada cual á sus propios deseos; dejarse arrastrar de sus pasiones; no consultar otra cosa que sus intereses; vivir únicamente para divertirse y para hacer fortuna, porque así lo hacen los demás. Es decir, que es preciso pasar toda la vida en un profundo olvido de Dios y de la salvacion; que es preciso dilatar para el fin de la vida una conversion imaginaria, y morir como mueren los demás, atónitos y desesperados por no haberse convertido.

No permitais, Señor, que sean inútiles para mí unas reflexiones tan justas y tan saludables, que debo puramente á la bondad de vuestra infinita misericordia. Conozco toda su solidez, toda su importancia y todas sus consecuencias. Haced, divino Salvador mio, que jamás mire yo á los que os desagradan y se pierden;

pero en caso de que quiera hacer lo que hacen otros, me proponga por modelos á los que os aman y os sirven, cuidando de su salvacion.

### JACULATORIAS.

*Averte oculos meos ne videant vanitatem.* Salm. 118.  
Apartad, Señor, mis ojos de todos los que siguen la vanidad.

*Sensum tuum, ó Domine, quis sciet, nisi tu dederis sapientiam?* Sap. 9.

¿Quien, Señor, tomará el gusto á vuestras sagradas máximas, si vos no le comunicais aquella sabiduria que descubre su valor y su importancia?

### PROPOSITOS.

1. Cuando se consideran seriamente y con serenidad las máximas del mundo, no es posible concebir cómo un hombre de juicio no descubre su error y su ridiculidad, ni cómo es posible que un hombre cristiano no las mire con horror. Examina hoy la máxima que acabas de meditar. ¿Cuántas veces has delinquido solo por seguir esta perniciosa máxima: *Es preciso hacer lo que hacen los demás?* Si asististe á espectáculos profanos; si te dejaste llevar de la moda y de la profanidad á costa de tu familia y de tu conciencia; si concurriste á garitos, á comidas, á festines, escollos de la inocencia, ¿no fué por acomodarte á esta máxima: *Es preciso hacer lo que hacen los demás?* Y si has sido irregular, indevoto en tu religiosa comunidad, ¿no fué porque quisiste hacer lo que hacian los otros, esto es, los imperfectos? Pues condena desde luego con dolor esta lastimosa conducta.

2. Resuélvete hoy mismo á hacer lo que hacen

otros; pero ¿quiénes? los que son verdaderamente cristianos y hombres ejemplares: sin salir de tu mismo estado encontrarás grandes modelos. Di animosa y resueltamente que, si es preciso hacer lo que hacen los demás, quieres seguir á los que hacen lo que deben, á los que viven bien. Proponte por modelos á los mas fervorosos, á los mas regulares y á los mas devotos. Pero al mismo tiempo que tomas para tí esta santa máxima, incúlcala frecuentemente á tus hijos, á tus criados y á tus amigos. Esto es de grande importancia.

#### SAN SERVANDO Y GERMAN, MÁRTIRES.

Una de las naciones del mundo en que la religion cristiana ha sido confesada con mas valor, y recibido mayores sacrificios, ha sido España. En ella hallaron los tiranos su confusion y su vergüenza, viendo vendida su crueldad, unas veces por los inocentes niños, otras por delicadas doncellas, y casi innumerables por los esforzados varones. Entre estos, tienen un lugar muy distinguido san Servando y German, cuyo glorioso martirio celebra la Iglesia de España en este día. Ignórase cuál fué su patria; bien que, segun los breviarios eboracense y el hispalense antiguo, se dicen naturales de Mérida; y por su testimonio, y otras varias circunstancias que constan de sus actas, es esta opinion la que parece mas probable y verosímil. Sus padres son igualmente inciertos; porque, aunque el breviario de Eborá, de Resende, el Palentino y muchos escritores los hacen hijos de san Marcelo Centurion, contándolos entre los doce hijos que se le atribuyen á este santo, no hay documento positivo que lo convenza, y aun lo contradicen algunas

circunstancias de sus actas. De estas consta que eran de familia roble y esclarecida, y que á lo ilustre de su sangre agregaron la gravedad é inocencia de costumbres. Esta era tal, que aun en los años de la juventud, en que el fuego de las pasiones esta mas vivo, y por lo tanto suelen declarar las obras, mas facilmente que en otra edad, la corrupcion de la naturaleza, los santos se portaban de tal modo que cuantos los miraban advertian en ellos una conducta de ancianos virtuosos. Esto seria todavia mas admirable si, como sienten algunos, siguieron la milicia; pues es bien sabido que entre el estrépito y licencia de las armas suele hallar difícil acogida la virtud. Siendo de edad adulta, y teniendo los conocimientos necesarios para percibir la vanidad del paganismo y la sólida firmeza de los preceptos del Evangelio, determinaron hacerse cristianos, para ser en la milicia de Jesucristo soldados fuertes, que defendiesen su sacrosanto nombre contra los ejércitos de las infernales potestades. Instruidos suficientemente en los misterios de la religion sacrosanta, recibieron el sagrado bautismo, haciendo juramento á Dios delante de los altares de serle eternamente fieles. Este juramento le cumplieron de tal modo que su fe no era aquella estéril y vana que se queda en solas palabras, sino aquella sólida y fructuosa á quien las obras vivifican. Debieron llegar á un grado de perfeccion en la vida cristiana, no de aquellos comunes y vulgares, sino de los mas elevados y heroicos, como lo manifiesta el haber resplandecido en la gracia de hacer milagros. Porque, aunque es verdad que esta gracia no supone en el sugeto que la tiene una santidad necesaria, de la cual esencialmente se derive, tambien lo es que Dios no acostumbra dispensar semejantes gracias sino á los fieles de una virtud muy perfecta; y en esta persuasion está la Iglesia cuando para la canonizacion de los santos exige que

sus virtudes hayan sido confirmadas por Dios con algunas maravillas. Los santos, pues, hacían diversos milagros, conjurando á los endemoniados en el nombre de Jesucristo, lanzando de sus cuerpos los demonios, y además dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oído á los sordos, y el uso de sus miembros á los que por cualquiera enfermedad los tenían embargados.

Por aquel tiempo que, según la conjetura más prudente fué al fin de la persecución de Aureliano, padecieron varios Españoles las terribles consecuencias de confesar libremente el nombre de Jesucristo entre las gentes que le aborrecían y tenían en sus manos el poder. Como Servando y German resplandecían entre los demás cristianos por la santidad de sus costumbres y por los frecuentes milagros con que Dios los hacía maravillosos, llamaron fácilmente hácia sí las atenciones del juez imperial. Mandó ponerlos presos, y pidiéndoles razón de su profesión y su conducta, confesaron con valor que adoraban un solo y verdadero Dios, y á su Hijo Jesucristo, el cual, por redimir al mundo de la servidumbre del pecado, se había hecho hombre, y había muerto en una cruz: que abominaban con todo su corazón á los ídolos, que no eran otra cosa que obras de hombres, sin poder ni actividad para cosa alguna, sino para mantener á sus necios adoradores en una ceguedad desventurada. Esta respuesta irritó la cólera del juez infernal, y creyendo que podría hacerlos mudar de sentencia por medio de los tormentos, dió orden de que se les aplicasen los más crueles y exquisitos. Cooperó á esto también el reconocer en ellos más adhesión á la religión que profesaban, y que los demás cristianos los reconocían por superiores. Ejecutóse el decreto; y aunque no se sabe cuál fué determinadamente el modo con que fueron atormentados, se infiere de las expresiones de sus actas que fueron suspendidos en

el ecúleo, en donde les descoyuntaron todos los miembros. Este tormento sería suficiente para privar de la vida al más robusto; pero Dios, que se complacía en ver pelear á sus esforzados confesores, se la conservó milagrosamente para que ensalzasen su nombre con mayores victorias. Sin embargo, el inicuo juez no desconfiaba por su parte de poder triunfar de su constancia; y así los mandó volver á la cárcel, cargarlos de grillos y cadenas, y atormentarlos con hambre y sed. Nada bastó para contrastar el heroico valor de los siervos de Jesucristo. Los tormentos, la hambre, la sed y horror del calabozo, no sirvieron de otra cosa que de hacer mayor su victoria, y más vergonzoso el empeño del tirano. Cuando los santos estaban en la cárcel, cesó la persecución, fuese esto por mandado del emperador, ó porque en aquella determinada ciudad sucedió otro pretor de menos crueldad, y de más indiferencia respecto de los decretos imperiales; pero el Señor les preparaba la corona de un martirio que les había de ser de mayor gloria. Dada la libertad á cuantos penaban en las cárceles por motivo de religión, salieron libres Servando y German más atormentados que los demás; pero también con nuevo valor y esfuerzo, no solamente para combatir ellos por sí mismos todas las astucias del infierno, sino también para confirmar á los demás en la santa religión que habían profesado. Ningún aprecio les merecía su propia conveniencia, y solo estimaban la vida temporal para poder hacer de ella sacrificio á Dios, por el cual los galardonase con la vida eterna.

A este efecto, practicaban cuantas diligencias podía dictar la caridad más activa y el zelo más abrasado. Recorrian la ciudad por todos sus barrios; y no contentos con predicar patéticos discursos contra la vanidad de los dioses gentiles y la debilidad de sus fuerzas, persuadiéndoles cuánta necedad era colocar en

ellos sus esperanzas, llevaban á mayores empresas sus designios. Persuadian á los mismos gentiles á arruinar los templos y aras de los dioses, y á destruir enteramente aquellos lugares sagrados que tenian en los bosques, en donde ejercian su supersticion. El fin de unas obras tan grandes, y al mismo tiempo tan atrevidas, era arruinar por una parte los sitios en que se alimentaba el error, y por otra abrir los ojos á aquellos miserables, trasladándolos del error á la verdad, de la muerte á la vida, y de unas funestas tinieblas á la clarísima luz de Jesucristo. Los efectos correspondieron á la actividad y eficacia de la causa y al sublime fin que daba á los santos valor para acciones tan arriesgadas. Fueron innumerables los que comenzaron á aborrecer con toda su alma los ritos y ceremonias profanas con que los sacerdotes sacrificaban á sus deidades. Despreciaron tambien á estas, movidos altamente de que, habiendo visto que Servando y German tiraban contra el suelo y destrozaban los simulacros, ellos ni se habian quejado, ni habian tomado venganza alguna contra los siervos de Jesucristo: de esta manera, se aumentaba prodigiosamente el número de creyentes, pues de todas partes concurrían inmensas tropas á la Iglesia de Dios, confesaban á Jesucristo, y pedían la expiacion de sus pecados.

A esta sazón ya el comun enemigo habia movido cruelísima persecucion contra los cristianos, que, segun se puede conjeturar, fué la de Diocleciano. Habia en Mérida un vicario imperial, llamado Viador, el cual tenia el cargo de hacer la pesquisa de los que adoraban el nombre de Jesucristo, y de procurar retraerlos, ó exterminarlos con los suplicios mas horrorosos. Llegó este á saber facilmente como Servando y German habian estado antes presos y atormentados por seguir la religion prohibida por decretos imperiales; que, habiendo sido echados de la cárcel, lejos de corregirse

con el castigo, habian seducido á infinitos gentiles, y habia llegado su temeridad hasta profanar y derribar los templos de los dioses y hacer pedazos sus simulacros. Semejantes acusaciones encendieron en ira al juez, quien mandó inmediatamente que se les pusiese de nuevo en prision para que ofreciesen incienso á los dioses, ó perdiesen las vidas con los mas exquisitos tormentos. Cumplióse el decreto del presidente; y habiéndolos puesto presos, volvieron á afligir sus sagrados cuerpos con los mismos tormentos que anteriormente habian experimentado. Los ponen en el ecúleo, desgarran sus sagrados miembros con uñas de hierro, y corren por todas partes los arroyos de sangre; pero los santos se mantenían inflexibles en su primer propósito, no menos constantes en la confesion de la fe, que lo estaban los crueles ministros en atormentar sus cuerpos. Diósele noticia de esto al juez, el cual concibió una rabiosa furia contra los gloriosos mártires; y faltó de consejo, no sabia de qué modo satisfacerla. Por una parte, quisiera ejecutar en ellos hasta el extremo su severidad, exterminando una vida que le era tan enojosa; pero por otra parte contemplaba que, estando los santos muertos, no podrian servir de objeto á su furor, ni cebar en ellos su encono. Con tanta delicadeza discurre una furia infernal cuando el diablo llega á cegarla y á sugerir artificios para su mayor encarnizamiento.

Prevaleció en el juez aquel pensamiento que denotaba mayor protervia en su alma y crueldad la mas parecida á la de los espíritus infernales. Persuadido de que una de las circunstancias que hacen mas terrible un tormento es la de su lentitud y duracion, adoptó el partido de reservar á los santos para nuevas penas, y de este modo saciar en ellos su cólera, y dar un ejemplo á los demás fieles que les hiciese temer. Mandó, pues, que les echasen argollas de hierro al

uello, y que les atasen con esposas las manos, y de este modo los metiesen en un oscuro y fétido calabozo, en donde estuviesen dispuestos para nuevas penalidades. Entre tanto, tuvo Viador necesidad de pasar desde Mérida á la Mauritania Tingitana, que pertenecía entonces al gobierno civil de España; y queriendo que el martirio de Servando y German aterrase á los demás cristianos, mandó que atados con cadenas los llevasen detrás de él por el camino. Esta pena, que el mismo Satanás habia sugerido al tirano para quebrantar, si fuese posible, la firme constancia de los soldados de Jesucristo, no solamente se convirtió en afrenta del mismo tirano, sino en mayor gloria de los mártires y en grande provecho de la Iglesia. No eran solos Servando y German los que padecian por la fe de Jesucristo; padecian como ellos los trabajos de aquella prision, el peso de las cadenas, el horror de los calabozos, la aspereza de los caminos, la impiedad de los soldados imperiales, la hambre, sed y cansancio, otros muchos á quienes el inicuo tirano habia mandado llevar encadenados para alimento de su furia infernal. Estos se lamentaban de su suerte, y estaban poseidos de tristeza viéndose en penas tan amargas; por el contrario, Servando y German tenian henchidos sus pechos de aquella inefable alegría que derrama el Espiritu Santo en los que con firmeza de fe confiesan á Jesucristo. Entre tanto, llegó el presidente á la jurisdiccion de Cádiz, y habiendo visto que todos los tormentos é incomodidades que habian pasado en el camino no habian producido otro efecto que hacer mas notoria su constancia, dió sentencia de que fuesen degollados. Sacáronlos, pues, á un collado cercano de Cádiz, llamado Ursoniano; y habiendo llegado al sitio del sacrificio, se pusieron de rodillas Servando y German, y con voz sumisa hicieron oracion á Dios, pidiéndole se dignase aceptar el sa-

crificio de su vida. Descargaron el golpe los verdugos, con que fueron cortadas sus sagradas cabezas, y sus almas volaron al cielo á recibir las coronas debidas á tan glorioso martirio. Los cristianos, cuidadosos de que no pudiesen tan preciosas reliquias, procuraron haberlas á las manos, y sepultarlas en lugares honoríficos. Segun el misal y breviario de san Isidoro, el cuerpo de san Servando fué enterrado en Cádiz, y el de san German llevado á Mérida, en donde con el tiempo fué colocado al lado de santa Eulalia y otros muchos mártires, cuyos despojos posee aquella dichosa ciudad. No se sabe en qué año fué trasladado el cuerpo de san Servando; pero lo cierto es que lo fué á Sevilla, y colocado en el cementerio entre santa Justa y santa Rufina. Aunque es creible que inmediatamente despues de su pasion fuesen venerados por santos, no consta de su culto público hasta el tiempo de los Godos, en que se propagó por todas las provincias sujetas á su dominio. La ciudad de Sevilla los venera con gran devocion por poseer el cuerpo de san Servando, y una reliquia mayor de su compañero san German. Mérida los celebra, y tiene por sus abogados y patronos; y en el año de 1619 hizo Cádiz igual demostracion de gratitud, recibéndolos por patronos, y obligándose á guardar su festividad como dia de precepto en memoria de haber sido regada aquella tierra con su preciosa sangre.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En España cerca de Cádiz en el país de Osuna, san Servando y san German, mártires, quienes, en la persecucion de Diocleciano bajo el lugarteniente Viador, despues de haber sufrido los azotes, el horror de la cárcel, la hambre y la sed, y el cansancio de largas jornadas que hicieron cargados de prisiones, consu-

maron al fin el curso de su martirio, alargando el cuello á la cuchilla. San German fué sepultado en Mérida, y san Servando en Sevilla.

En Antioquia en Siria, la fiesta de san Teodoro, presbítero, que, habiendo sido preso en la persecucion del impio Juliano, fué atormentado en el potro del modo mas cruel y diverso; fué además quemado con hachones aplicados á los costados; y como se mantuviese siempre constante en la confesion de Jesucristo, consumó su martirio bajo los filos de la cuchilla.

En Constantinopla, san Ignacio, obispo, quien, habiendo reprendido al Cesar Bardas por haber repudiado á su mujer, fué denostado y enviado á un destierro; de donde sacado por el papa Nicoalo, murió por último en paz.

En Burdeos, san Severino, obispo de Colonia y confesor.

En Ruan, san Roman, obispo.

En Salerno, san Vero, obispo.

En tierra de Amiens, san Domicio, presbítero.

En el Poitou, san Benito, confesor.

En Villach de Hungria, san Juan de Capistrano, confesor, del orden de los frailes menores, ilustre por la santidad de su vida y por el zelo de la propagacion de la fe católica, quien con sus oraciones y milagros libertó á Belgrado sitiado por los Turcos, cuyo ejército fué enteramente derrotado.

Este mismo dia, san Graciano.

En Toul, san Amon, segundo obispo de aquella ciudad.

Este mismo dia, san Albino de Tomieres, venerado como mártir en San Pons.

En Lillers cerca de Aire en Artois, san Luglo y san Lugliano, hermanos, martirizados por los Vandalos.

En Viena de Francia, san Ecdico, obispo.

En Auch, san Leotado, obispo, que habia sido abad de Moissac.

En Mugel, valle de Toscana entre el Apenino y el rio Arno, san Cresco, mártir.

En Etiopia, san Huras, mártir.

En Umbria, san Spe, obispo de Espoleto.

Cerca de Sublago, santa Cleridona, virgen.

En Inglaterra, santa Eteldreda, virgen.

*La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la que sigue:*

Omnipotens sempiternus Deus,  
qui sanctis fratribus Servando  
et Germano mirabilem fidei  
constantiam tribuisti; concede  
propitius, ut qui sanctorum  
martyrum patrocinio fruimur,  
eorum perpetua intercessione  
roboremur. Per Dominum nos-  
trum...

Omnipotente y sempiterno  
Dios, que disteis tan admirable  
constancia en la fe á los santos  
hermanos Servando y German;  
concedenos, misericordioso Se-  
ñor, que los que gozamos del  
patrocinio de tan grandes már-  
tires, seamos confortados con  
su perpetua intercesion. Por  
nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 11 de la de san Pablo á los Hebreos, y la misma que el dia XI, pág. 284.*

#### REFLEXIONES.

En la epístola de este dia se ofrecen unas reflexiones de mucho consuelo para aquellos cristianos á quienes Dios ha llamado á un estado de paz y tranquilidad en que pueden ganar su salvacion á costa de poco trabajo. Siempre ha sido cierto para todos que *el reino de los cielos padece fuerza, y que solamente le logran aquellos que le arrebatan haciéndose violencia.* Por esta causa, á todo género de vida cristiana se le da en las sagradas letras el nombre de lucha, batalla